

## Primeros pasos en la formación psicoanalítica

*Ana Teresa Torres*

Licenciada en Psicología (Universidad Católica Andrés Bello). Posgrado de Psicología Clínica (Ministerio de Sanidad y Asistencia Social). Psicólogo II del Instituto Nacional de Psiquiatría Infantil. Miembro Titular de la Asociación Venezolana de Psicoanálisis (ASOVEP). Profesora del Instituto de Psicoanálisis (ASOVEP 1982-1989). Miembro Fundador de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas (SPC, 1989). Profesora de la Escuela de Psicología de la UCV (1979-1980). Profesora del Instituto de Psicoanálisis de la SPC (1990-1993).

Tanto por la naturaleza de las asignaturas, pero sobre todo por la orientación teórica de los profesores, la formación de un psicólogo ucabista era en mis años de estudio (1965-1968) marcadamente humanista, inclinada a la clínica, y más específicamente a la clínica de orientación psicoanalítica, también conocida como psicología dinámica, aunque es un término que no significa nada. De modo que no solo busqué y encontré la especialidad a la que me dedicaría por unos 25 años, sino la orientación teórica de la misma, y de ese modo de la universidad pasé a un posgrado de psicología clínica y de allí al instituto de psicoanálisis en forma fluida, casi natural. Lo que ofrecía la escuela de psicología de la UCAB fue para mí el mejor inicio posible.

Cuando me gradué de psicóloga había solamente dos centros que ofrecían formación clínica para psicólogos: el Hospital Militar Dr. Carlos Arvelo, probablemente el centro de posgrado de psiquiatría y psicología clínica con mayor prestigio, y el recientemente fundado Centro de Salud Mental del Este, conocido como El Peñón, por la urbanización donde se encuentra. Por cierto, que por algunas noticias de prensa he sabido que uno de los servicios donde estuve asignada más de un año, se encuentra hoy abandonado y destruido, pero en aquel momento, finales de los años sesenta y comienzo de los setenta, el posgrado del Peñón era un centro médico docente a la altura de cualquier lugar del mundo, y así continuó siendo durante mucho tiempo. Fue fundado en 1962, adscrito al Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, y el posgrado de psicología clínica comenzó poco después. Era un hospital psiquiátrico destinado a pacientes agudos, y si bien no era un centro con régimen de puertas abiertas, era una institución orientada al trato humano del paciente y a la comprensión psicoanalítica de los trastornos, como era la tendencia de la psiquiatría argentina que tenía mucha influencia en aquel tiempo. De hecho, uno de los fundadores y directivos de docencia era el destacado psicoanalista argentino César Ottalagano. Mi experiencia allí es otra historia, pero valga la mención porque era parte de un proyecto y de una época en la que los gobiernos tenían todavía una genuina preocupación por la salud pública. Supe de él gracias a una de las profesoras de aquel último año en la UCAB, María Inmaculada Barrios, profesora de psicología dinámica. Esa materia la daba antes Fernando Acuña, psicoanalista venezolano formado en Chile, fundador de la escuela, y también del Peñón, pero aquel año dejó la docencia en la UCAB y fue sustituido por María Inmaculada, que nos hablaba mucho del posgrado en el que también daba clases. Comprendí que allí se impartía exactamente la formación que pretendía continuar, es decir, formación clínica de orientación psicoanalítica; de hecho allí conocí a muchos de los que después serían mis profesores del Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Venezolana de Psicoanálisis, donde me formé, y que luego abandoné para fundar con otros colegas la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. A través de María Inmaculada pude encontrar los pasos para pedir mi aplicación en el posgrado, pero desde luego no era ese el único beneficio de haber sido su alumna. Era una excelente profesora muy concededora de las teorías psicoanalíticas, y además una persona de gran sensibilidad que luego encontró su expresión en la creación poética.

De orientación psicoanalítica eran también los profesores del último año en la UCAB, José Luis Vethencourt, a través de quien conocí por primera vez las teorías de Melanie Klein, y Fernando Rísquez, aunque su tendencia era junguiana. De mis condiscípulos solamente recuerdo a Vesna Luger, recientemente fallecida, que se entusiasmó con esta corriente y se formó en el Instituto Jung de Zúrich.

La formación que recibí en la UCAB fue, como dije, una excelente introducción a lo que vendría después. Por ejemplo, mi conocimiento de las pruebas proyectivas –Rorschach, TAT, CAT, y algunas otras que debo haber olvidado– me colocaban en excelente posición para el estudio de casos, que era básicamente la tarea principal durante el posgrado; asimismo, el haber elaborado algún estudio psicológico bajo la supervisión de Ascensión De Arruche. Mi conocimiento de semiología y psicopatología, aprendido con Luis Maggi, no tenía mucho que envidiar al que traían los médicos generales, que seguían el posgrado de psiquiatría junto con los psicólogos, que cursábamos el de psicología clínica. La docencia era conjunta. Las bases de neurología que nos había impartido el doctor Raphael Bredy fueron de gran ayuda para la asignatura de neurofisiología que se estudiaba en el posgrado. Y volviendo a Vethencourt y a María Inmaculada Barrios, la introducción en la teoría kleiniana me abría el camino para una de las teorías más populares entonces en el Peñón. Los psicoanalistas que daban clases en el posgrado se habían formado fuera, y eran los pioneros del psicoanálisis venezolano, varios de ellos formados en Argentina. Era una época de furor kleiniano, teoría que se desarrolló principalmente en Inglaterra y luego fue exportada a Buenos Aires a través de Arminda Aberastury. En resumen, solo las psicólogas que veníamos de la UCAB (Beatriz Stolk, Alicia Leisse, son las que recuerdo) habíamos escuchado hablar de la señora Klein.

Mi preparación, como puede desprenderse de este recuento, era excepcionalmente buena para el camino que pretendía darle a mi carrera profesional. Después de finalizar el posgrado mi aspiración era ingresar a la formación psicoanalítica en la Asociación Venezolana de Psicoanálisis, pero eso no era posible. Únicamente se admitían médicos. Esto no era así en todas partes, en Inglaterra y Francia era posible, también en Argentina. Pero no en Venezuela. Comencé mi análisis personal, recibí muchas supervisiones de casos clínicos, asistí a cuanto curso libre podía, pero para ingresar como candidata (así se llama a los estudiantes de psicoanálisis; ahora se les denomina analistas en formación, que es mucho más adecuado), en espera de una oportunidad y finalmente llegó en 1977. Comencé los seminarios en las dos últimas semanas de embarazo de mi segunda hija, no el momento más adecuado pero imposible negarme. Entonces o nunca. E ingresé como miembro asociado de la ASOVEP en 1982. El clima institucional no era favorable para muchos de nosotros y decidimos emprender la aventura de crear una nueva institución, la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Por entonces, y quizás todavía, la IPA no era muy proclive a la formación de nuevas instituciones en países donde ya existían centros autorizados, pero después de varios años de persistencia lo logramos en 1989. Para entonces ya me sentía muy tentada por la literatura a tiempo completo, pero aun así mantuve actividades organizativas en la institución, entre ellas dirigí seis años la revista *Trópicos*, la publicación psicoanalítica más estable en Venezuela hasta que la inflación nos derrotó. Hoy participo poco, salvo en algunas ocasiones puntuales, pero sigo manteniendo mi entusiasmo por el psicoanálisis, al que he dedicado varios libros.